

La Catequesis de Medellín a Puebla

Mario Borello, S. D. B.

Secretario Ejecutivo del Departamento de Catequesis del CELAM

1. Los catequistas que precedieron Medellín.

Iniciamos este breve artículo sobre la catequesis en Puebla, enmarcando nuestras consideraciones en la historia evolutiva de la catequesis de estos últimos años en América Latina. La dimensión histórica y el sentido histórico es cabalmente una de las características de la reflexión episcopal en Puebla.

Siempre que un catequista va al grupo o a la comunidad para hacer una catequesis, lleva en su mente una preocupación que es central. Al rededor de esa preocupación organiza todo lo que va a decir o hacer con la comunidad que catequiza. Esa preocupación condiciona el método del catequista, el contenido de lo que va a decir, las actividades que se van a realizar.

Ahora bien, si observamos cuáles eran las preocupaciones de los catequistas de antaño, vemos claramente que su objetivo principal era el *contenido* de la fe; eran las *verdades* reveladas que sentían el deber de transmitir con exactitud e integridad. Se trataba de la ortodoxia. Para el catequista de aquella época el conocimiento de las verdades de la fe era lo más esencial en la catequesis. Para ello existían textos llamados "Doctrina Cristiana", que contenían concisas y exactas formulaciones de la fe, dispuestas en forma de preguntas y respuestas. La memoria era considerada como la facultad humana más importante para la asimilación y retención de la sana doctrina de la fe.

Más tarde la preocupación de los catequistas se orientó hacia otro lado: hacia el *método*. Se buscaba el mejor método catequístico. Un método que llegara a la vida de los catequizandos. Un método que fuera activo y que abarcara a todas las facultades humanas: no solamente a la inteligencia y a la memoria, sino también a los sentidos (ver) y la voluntad (actuar), después de haber realizado un juicio (juzgar).

En esa época hubo un desplazamiento de preocupación de parte del catequista: deja de preocuparse primordialmente de la doctrina, para preocuparse del método, que lleve la doctrina a las facultades del hombre. Pero hay que notar que aquí el hombre es considerado todavía en forma muy abstracta, es decir muy filosófica. Esto es importante tenerlo presente para captar en profundidad los enfoques nuevos de Medellín y Puebla, con respecto a la catequesis. Esto es lo que vamos a explicar a continuación.

2. La Catequesis de Medellín.

Medellín ha significado para la catequesis un acercamiento mayor al hombre. Esto fue en la línea del Concilio Vaticano Segundo.

Después de Medellín, la preocupación fundamental de los catequistas no ha girado ya al rededor de los contenidos o del método sino al rededor del catequizando, es decir al rededor del sujeto de la catequesis.

Pero hay algo más que destacar; y es que el sujeto, el hombre, no es considerado en forma abstracta, filosófica, según la clásica definición "el hombre es un animal racional"; sino es considerado en su realidad concreta.

El sujeto de la catequesis es el *hombre en situación*. El Papa Pablo Sexto lo describe en forma admirable en el discurso de clausura del Concilio Vaticano Segundo: "El hombre fenoménico, el hombre que ríe, el hombre que llora, el hombre que piensa, que ama, que trabaja, que está siempre en expectativa de algo...".

A su vez los Obispos en Medellín tomaron como objeto de su preocupación al hombre latinoamericano, considerado en su situación real e histórica. Este hombre concreto, en el aquí latinoamericano y en el hoy del momento histórico, es el sujeto de la catequesis.

¿Cuál será, pues, la tarea de la catequesis frente a este hombre en situación?

La tarea será la de iluminar esta situación humana con la luz de la Palabra de Dios. El catequista junto con sus catequizandos se formulan una serie de preguntas: ¿Qué dice Dios de esta situación? ¿Dónde está presente o ausente Dios en esta circunstancia humana? ¿Qué nos pide Dios en este acontecimiento?

Planteadas de este modo, la catequesis toma el nombre de "catequesis profética". Se llama así porque la misión del Profeta, como se desprende de la Sagrada Escritura, consiste cabalmente en transmitir en nombre de Dios su Palabra acerca de un acontecimiento salvador.

La palabra de Dios se vuelve Palabra que consagra la historia. La Palabra y la historia se vuelven como un sacramento. De la misma manera que en la Eucaristía, las Palabras de Cristo consagran el pan y el vino, realidades de la creación y frutos del trabajo humano (= historia), así la Palabra de Dios en la catequesis consagra el acontecimiento o la situación de la vida humana. Dice *Medellín* (8, 6): "Las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte indispensable del contenido de la catequesis; deben ser interpretadas seriamente, dentro de su contexto actual, a la luz de las experiencias vivenciales del Pueblo de Israel, de Cristo, y de la comunidad eclesial, en la cual el Espíritu de Cristo resucitado vive y opera continuamente".

No podemos tampoco olvidar que la situación de gran parte de los Pueblos latinoamericanos es una situación de sub-desarrollo, de pobreza, de marginación.... Esto exige de la catequesis que al mismo tiempo que realiza su misión profética, sea también "una catequesis liberadora". Es decir, debe ser una catequesis que ayude al hombre latinoamericano a romper las ataduras que lo hacen menos hombre para que pueda desa-

rollarse como tal, hasta llegar a su plena dimensión de hijo de Dios. Dice *Medellín* (8, 7): "Es tarea de la catequesis ayudar a la evolución integral del hombre, dándole su auténtico sentido cristiano".

La liberación es fuerza de Cristo, por lo tanto la catequesis liberadora, será siempre más cristocéntrica y evangelizadora.

Otro aspecto importante del documento de catequesis de Medellín, que no podemos descuidar, so pena de no comprender bien a Puebla, es el que expresamos a continuación:

Si bien hay que distinguir, sin embargo no hay que separar la historia humana de la historia de la salvación. No son dos historias paralelas, sino que son dos historias profundamente vinculadas: la acción eficaz de Dios (historia de la salvación) hace que la historia humana desemboque en la salvación, concluya en el Reino de Dios. "Sin caer en confusiones o en identificaciones simplistas, se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre; entre la historia de la salvación y la historia humana; entre la Iglesia, Pueblo de Dios, y las comunidades temporales...". Es cita de *Medellín* (8, 4).

Conviene destacar, en fin, que el Documento de Catequesis de Medellín inicia una nueva metodología que no es ya prevalentemente deductiva, sino que parte más bien de la realidad para iluminarla con la Palabra de Dios.

Conviene destacar, en fin, que el Documento de Catequesis de Medellín inicia una nueva metodología que no es ya prevalentemente deductiva, sino que parte más bien de la realidad para iluminarla con la Palabra de Dios.

En la catequesis de tipo deductivo el catequista exponía ante todo la doctrina revelada y de ella deducía las conductas que se debían tener. La reunión catequística constaba prácticamente de dos partes: en la primera se exponía una determinada verdad doctrinal, y en la segunda se hacían las aplicaciones morales a la vida. Por eso la catequesis tenía un marcado tinte moralizador.

Por el contrario en la nueva metodología podemos señalar como tres pasos: en el primero se hace una reflexión sobre la situación o el acontecimiento que se quiere catequizar, para, en un segundo tiempo iluminarlo con la Palabra de Dios y realizar una búsqueda de su presencia y de su interpelación; y, en fin, en un tercer momento cuestionar la misma situación humana a fin de provocar la conversión, el cambio de vida o el crecimiento en la gracia, como Dios nos lo pide.

3. De Medellín a Puebla.

De Medellín a Puebla pasaron diez años.

Diez años en que la semilla esparcida en los rincones todos donde se catequiza ha ido dando sus frutos, el treinta, o el sesenta o el ciento por uno, según el terreno y las circunstancias.

Puebla contempló el camino recorrido y luego miró hacia adelante para seguir andando.

Por eso el capítulo sobre catequesis que se redactó en Puebla se articula en tres partes:

En la primera parte la comisión quiso reconocer y asumir las experiencias catequísticas de estos últimos diez años (n. 978-991).

En la segunda parte establece los principios doctrinales que deben regir una óptima catequesis (n. 992-999).

En la tercera parte establece unas pistas de acción pastoral catequística que la comisión creyó más oportunas para el momento presente (n. 1.000-1011).

— Desde el punto de vista histórico a partir de Medellín, la catequesis ha realizado grandes esfuerzos muy positivos para una profunda evangelización de los hombres de nuestro tiempo. Puebla recoge estos esfuerzos y los señala en varias partes del Documento, pero especialmente en el capítulo dedicado a la catequesis.

Indica, por ejemplo, el esfuerzo sincero realizado en estos últimos años para integrar la vida y la fe. Ya el Concilio Vaticano Segundo había señalado una especie de divorcio entre la vida y la fe. Pero en estos últimos años ha habido un empeño grande para que la catequesis no fuera únicamente doctrinal, sino que abarcara también lo vivencial. La metodología que parte de la situación y del acontecimiento y los ilumina con la Palabra de Dios tiene cabalmente como meta acercar la fe a la vida, integrar la historia humana y la historia de la salvación. Puebla señala que la finalidad de esta integración es para "que el hombre logre su verdadera liberación" (n. 979).

¿En qué consiste la verdadera liberación? Se especifica claramente en qué consiste cuando se dice: ella "se plasma sobre tres planos inseparables: la relación del hombre al mundo, como señor; a las personas, como hermano, y a Dios como hijo" (n. 322).

No es posible alcanzar la liberación definitiva sin Cristo. Por eso Puebla constata también que la catequesis de estos últimos años ha descubierto "una pedagogía positiva que parte de la persona de Cristo" (n. 980) y es realmente cristocéntrica. La fuente principal de la catequesis, por lo tanto, ha sido la Sagrada Escritura, cuyo centro es Cristo. Hubo una gran difusión de la Biblia entre nosotros y la catequesis se nutrió de ella abundantemente.

La Sagrada Escritura ha iluminado progresivamente la vida y la realidad enseñando a catequistas y catequizandos a juzgar las situaciones y los acontecimientos con una nueva mentalidad.

Esto, sigue diciendo Puebla, ha educado a los cristianos a tener un nuevo sentido crítico de sabor evangélico, sobre las cosas. Pero no se trata de una crítica destructora, sino al contrario "constructiva de la persona y de la comunidad en una visión cristiana" (n. 982).

A propósito de la comunidad observa Puebla que ha crecido el espíritu comunitario: los cristianos han ido tomando, cada día más, conciencia de su corresponsabilidad en el Pueblo de Dios. La catequesis no es ya obra exclusiva de sacerdotes y religiosos o de alguna persona laica de buena voluntad, sino que se está volviendo tarea común; "de

tal modo que la comunidad eclesial se está haciendo responsable de la catequesis en todos sus niveles: la familia, la parroquia, las CEB, la comunidad escolar y en la organización diocesana y nacional" (n. 983).

Este deseo de participar en la tarea catequística de la Iglesia, ha hecho que se multipliquen en todas partes "Institutos para la formación de catequistas" (n. 985).

Se puede concluir que el balance catequístico que hace Puebla, contemplando el camino recorrido, a partir de Medellín, es consoladoramente positivo. Medellín ha dado sus frutos en América Latina con respecto a la catequesis.

— Sin embargo, como toda obra humana, no todo es perfección y maravilla. Por eso Puebla en el documento de catequesis señala también las *principales deficiencias* que se observan y que habrá que tener presentes en los años que vienen. He aquí cuanto se dice al respecto.

No obstante que haya crecido abundantemente el número de los catequistas, sin embargo la mies es inmensa y "la catequesis no logra alcanzar a todos los cristianos en medida suficiente, ni a todos los sectores y situaciones" (n. 987). Este fenómeno procede de muchas causas: una ya la hemos señalado y es que los catequistas son numéricamente insuficientes; otra es la falta de especialización de los catequistas. Hay sectores y situaciones humanas que exigen una preparación especial que los agentes de la catequesis no tienen, por ejemplo, la catequesis para los enfermos física o síquicamente, la catequesis para los presidiarios o la catequesis para los campesinos o los profesionales, etc.

También se ha notado que una catequesis más exigente excluye automáticamente a muchas personas; por lo tanto haría falta organizar una evangelización adaptada, como un llamado a la conversión, que sea más masiva, tal vez más cercana a la religiosidad popular.

En cuanto a los contenidos catequísticos todavía no todos los catequistas han superado "los dualismos o falsas oposiciones" (n. 988). Aquí van algunos ejemplos: todavía se oye decir que hay que evangelizar y no sacramentalizar; como si se pudiera administrar un sacramento sin previa catequesis o se pudiera evangelizar sin llegar al sacramento. Por este motivo los Obispos en Puebla señalan que "hay catequistas que al evangelizar descuidan la iniciación a la oración y a la liturgia" (n. 989).

Así mismo es falso oponer la catequesis de la situación a la catequesis doctrinal. Toda catequesis debe iluminar la situación con la Palabra, que incluye una enseñanza al hombre de parte de Dios.

Lamentablemente no se ha superado todavía del todo el concepto de la fe limitado a una adhesión intelectual a determinadas verdades. Esto hace que la catequesis en ciertos casos se reduzca aún a la entrega de fórmulas de fe que deben explicarse y aceptarse nocionalmente. Esto se observa incluso en ciertos textos.

En el aspecto opuesto existe una tendencia a una catequesis vivencial que pretende ser auténtica omitiendo todo concepto, fórmula, definición, sistematización de la fe en aras de la vivencia.

Los Obispos creen que se debe rechazar uno y otro extremo.

La fe debe ser primero una vivencia. El cristianismo es ante todo

un gran acontecimiento: la irrupción de Dios mismo en nuestro mundo y en nuestra historia en la Persona de Jesucristo. El cristianismo no es ante todo una doctrina, es Alguien, y Alguien siempre vivo (resucitado) que está entre nosotros. Ser cristiano es adherir a la Persona de Jesucristo. La fe es un compromiso personal con El, Jesús mismo pregunta a menudo en el evangelio: "¿Crees tú en el Hijo del hombre?" (Jn. 9,35).

La adhesión al Señor opera una conversión de la vida humana por la cual se adquiere el modo de vivir de Jesús. Todo esto ciertamente no se realiza en la soledad y en el aislamiento, sino en la comunidad, de la cual Cristo es Cabeza, la Iglesia.

Catequizar es, pues, educar al cristiano a esta adhesión personal y comunitaria al Señor y a su seguimiento en los caminos del mundo y en el servicio de los demás, hasta llegar a la meta que es la comunión con la Trinidad.

Catequizar es también educar al diálogo personal con Cristo, con el Padre y con el Espíritu de Jesús: es educar a la oración, a la contemplación y a la celebración litúrgica.

En otras palabras, catequizar es guiar a los cristianos por un itinerario espiritual. Es educar la espiritualidad. En esta perspectiva el catequista no es sólo un maestro, es más, es una especie de pedagogo, un guía espiritual. Tal era la predicación de los Apóstoles, la catequesis de los Padres de la Iglesia y de los grandes teólogos. Para ello la exposición de la doctrina se acompañaba siempre de exhortaciones espirituales y pastorales.

Pero la vivencia no es suficiente. En cuanto inteligente, el hombre quiere comprender y aprender; y en cuanto social, debe ser capaz de comunicar a los demás lo que sabe; y dar razón de su fe ante quien no la comparte. Encontramos muchas veces en el Nuevo Testamento la preocupación de los Apóstoles, y sobre todo de Pablo y de Juan, de transmitir integralmente el Mensaje del Señor. Este mensaje desde el comienzo fue entregado como una noticia, que se transmite de una generación a otra.

Por estas razones el catequista no puede omitir la presentación doctrinal de la catequesis, sus fórmulas, y no deberá descuidar tampoco la memoria.

Con toda razón, por lo tanto, Puebla dice: "Por no ubicarse en el justo equilibrio, algunos han caído en el formulismo puro y otros en lo vivencial sin presentación de la doctrina" (n. 988).

—Por último, entre las cosas negativas que se constatan existe el hecho que "no se respetan, a veces, los campos de competencia que corresponden a los teólogos y a los catequistas en sintonía con el Magisterio" (n. 990).

En la comunidad eclesial cada uno tiene su tarea y su misión que es complementaria con la de los demás; así sucede con el Magisterio, los teólogos y los catequistas. Sucede a veces que hipótesis de estudio teológico son asumidas por los catequistas y difundidas con el consiguiente desconcierto, desorientación y escándalo de los fieles.

Un ejemplo ilustrativo podría ser el de aquel catequista que un día les dijo a sus catequizandos, que eran personas sencillas, que Jesucristo

no tuvo conciencia mesiánica desde sus primeros años de vida, sino que la adquirió poco a poco durante su existencia. La confusión de los oyentes fue muy grande.

4. Puebla señala los criterios para una buena catequesis.

Después de haber observado la realidad de la catequesis a partir de Medellín en sus aspectos positivos y negativos, el documento catequístico de Puebla pasa a señalar cuáles son los criterios teológicos que deben presidir una buena catequesis.

Comunión y participación (nn. 992-993). Ante todo nos pide que nos ubiquemos en la totalidad del pensamiento de Puebla. Por eso el primer criterio es ciertamente "la comunión y la participación". Estas dos palabras constituyen como el eje del documento de Puebla.

La comunión debe realizarse en todas las dimensiones; por lo tanto debemos construir ante todo nuestra comunión con Dios, con la Trinidad que es cabalmente el misterio de la comunión de las Tres Personas; la comunión en el seno de la Iglesia, en la sociedad humana, haciéndola más fraternal y la comunión también entre los países latinoamericanos, para que logremos construir la "Patria Grande".

La catequesis debe proponerse estas metas.

Para ello el documento señala dos instancias. Ante todo la catequesis debe crear la comunidad, eliminando lo que la obstaculiza (conversión y liberación); y en segundo lugar la catequesis debe ser obra de todos cada uno según su propia vocación comunitaria. De este modo resultará que la "Iglesia será siempre evangelizada y evangelizadora".

La Fidelidad (nn. 994-997). El segundo grupo de criterios teológicos para la catequesis, se refiere a la fidelidad. Se señalan tres fidelidades:

- fidelidad a Dios,
- fidelidad a la Iglesia,
- fidelidad al hombre latinoamericano.

Nótese que generalmente en otros documentos anteriores solamente se hablaba de fidelidad a Dios y al hombre. Sin embargo Puebla creyó indispensable subrayar también la fidelidad a la comunidad eclesial. Es una necesidad que se siente hoy día en América Latina: crecer en el amor a la Iglesia y a sus Pastores, superando siempre más todo individualismo.

La fidelidad a Dios se hace concreta especialmente en el amor personal con Jesucristo. Este amor se expresa en la fidelidad "a su Palabra y a la integridad de su mensaje". Quien mutila el evangelio no es fiel a Jesucristo. Estamos en plena doctrina paulina.

No existe Cristo sin Iglesia; por lo tanto junto con la fidelidad al Señor, Puebla pide a los catequistas que acrecienten su amor a la comunidad eclesial. Ellos tienen un gran papel que desempeñar en la construcción misma de esta comunidad, sigue acotando Puebla. En vista de esta maravillosa tarea debe haber entre los catequistas y los Pastores de la Iglesia una profunda correlación.

La tercera fidelidad es al hombre latinoamericano. El catequista debe preocuparse del hombre que evangeliza, con el mismo amor con que Dios se dirige al hombre, con su revelación y lo interpela. La consecuencia que Puebla desprende de este principio es muy interesante y comprometedor, pero también muy delicada y difícil: "La fidelidad al hombre latinoamericano exige de la catequesis, que ésta penetre, asuma, y purifique los valores de nuestra cultura. Por lo tanto, que se empeñe en el uso y adaptación del lenguaje catequístico".

La catequesis como proceso (n. 998). Después de estos tres criterios de fidelidad, el Documento de Catequesis enuncia apretadamente un principio que, a mi juicio, es el más novedoso y significativo de todos los criterios enunciados.

Se trata de considerar la catequesis como un "proceso" que acompaña el desarrollo de la fe. Este concepto no es del todo nuevo en los documentos de la Iglesia, porque en realidad fue reflexionado también en el Sínodo Episcopal de Catequesis en Roma, en el año 1977. El documento catequístico de Puebla que estamos examinando comienza cabalmente dando la descripción de catequesis que hallamos en el Mensaje del Sínodo. Dice así: "La catequesis consiste en la educación ordenada y progresiva de la fe". La expresión "educación progresiva" es lo que define la catequesis como un proceso que acompaña la fe en su desarrollo gradual.

Observaban los Obispos que nuestras catequesis por lo general son fragmentarias; se dan por ejemplo, con ocasión de algún sacramento; pero apenas el sacramento ha sido administrado, cesa automáticamente la catequesis. Cada catequesis es dada sin conexión alguna de una con la otra. Esto se debe a que la preocupación del catequista va a la preparación del sacramento; por lo tanto al ser administrado el sacramento, es lógico que el catequista considere concluida su tarea.

Otras veces la preocupación del catequista es la de transmitir determinados contenidos. Aquí también, apenas logró transmitirlos, piensa que ha terminado su misión.

En cambio, si se considera la catequesis como un proceso educativo que debe acompañar el crecimiento de la fe, todo cambia. La preocupación del catequista no será primordialmente la recepción de un sacramento o la transmisión de unos contenidos, sino será la fe de sus catequizandos. El catequista se pregunta entonces: ¿A qué grado de madurez está la fe de mis catequizandos? ¿Cómo los puedo hacer crecer? ¿Cómo puedo desencadenar en ellos un proceso de crecimiento en la fe?

En esta metodología la catequesis no se organiza alrededor de una sucesión de contenidos, ni en función de los sacramentos concebidos como meta terminal, sino que sigue el ritmo de maduración de la fe de los grupos (o comunidades) y de las personas que los constituyen.

Esta concepción de la catequesis como proceso de maduración, tiene fundamento en el modo de educar la fe que tuvo Jesucristo y que siguieron los Apóstoles. Leyendo el Nuevo Testamento se podría extraer la siguiente descripción: el proceso comienza con el despertar del interés acerca de Jesucristo, provocado por determinados signos o acontecimientos. Este

primer conocimiento del Señor provoca un gesto de conversión personal que es sellado por un sacramento que en primer lugar es el bautismo. (Hoy día podría ser también otro sacramento, porque en América Latina muchos cristianos son bautizados, pero no evangelizados). Se entra así a hacer parte de la comunidad cristiana. En el seno de esta comunidad la reflexión sobre la Palabra de Dios profundiza la fe y estrecha los vínculos fraternos de los miembros de la comunidad. Al centro de ella se ubica la eucaristía. Se puede hablar de madurez cuando esta vida cristiana llega a expresarse a través del compromiso misionero y apostólico, y de servicio humano en la sociedad, para que la fe cristiana ilumine, cambie y renueve el orden social y político. Todo esto en virtud del Espíritu, que como nuevo Pentecostés, se difunde sobre la comunidad misma (Sacramento de la Confirmación). Como se puede ver, aparecen completos e integrados los sacramentos de la iniciación.

En la historia de la Iglesia es conocida la "Catequesis mistagógica", en la que la enseñanza iba unida a una pedagogía grupal, litúrgica y de "noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana" (Ad. G. n. 14). Era concebida como un proceso porque constaba de etapas dinámicas bien definidas y medios propios para realizar cada etapa: exigencias, pasajes, simbologías, liturgias, sacramentos, figuras pastorales (Obispo, padrinos, fiadores, la comunidad misma, etc.).

Concibiendo de este modo la catequesis como proceso, aparece claro que ella es de suyo para los creyentes y va encaminada a un compromiso en la comunidad cristiana; mientras la evangelización queda abierta para todos.

Los sacramentos tienen su lugar como momentos culminantes y de inicio de nuevas etapas cada vez, dentro de la educación permanente de la fe. Esto exige que en el conjunto de la pastoral se establezcan criterios para la admisión a los distintos sacramentos, de modo que expresen la maduración que significan en la Iglesia.

Podemos a este punto hacer esta importante reflexión: Medellín había colocado al centro de la preocupación de los catequistas "al hombre en situación". Puebla, completando su reflexión, nos dice que *al centro de la preocupación catequística debe estar "la FE del hombre en situación"*.

Catequesis integradora (n. 999). El último de los criterios establecidos por el Documento Catequístico de Puebla procede también de la reflexión del Sínodo de 1977. Se refiere a que la catequesis debe ser integradora. Ella no es una acción aislada en la pastoral eclesial, sino que es un aspecto que va integrado y que tiene que integrar los demás aspectos.

Puebla enuncia el principio de esta forma: "En toda catequesis íntegra hay que unir siempre de modo inseparable:

- el conocimiento de la Palabra de Dios,
- la celebración de la fe en los sacramentos,
- la confesión de la fe en la vida cotidiana".

5. Pistas pastorales para el futuro.

En su tercera parte el documento catequístico de Puebla pasa a ofrecer unas pistas pastorales que orientan la catequesis "en el presente y en el futuro de América Latina" (cf. nn. 1.000-1.011).

Aquí vamos a subrayar lo que nos parece más significativo y novedoso.

La personalidad cristiana. Lo primero que indica es el tipo de cristiano que los catequistas deben formar para los tiempos presentes. Cada época histórica presenta el tipo de personalidad cristiana que más le conviene. Pensemos, por ejemplo, en los tiempos en que la catequesis se empeñaba en formar al "cristiano cumplidor". Harto eficaz fue aquella catequesis, porque todavía hoy algunos cristianos suelen decir: "He cumplido con Dios y con la Iglesia".

Puebla desea que los catequistas tengan presentes cuatro aspectos de la personalidad del cristiano que hay que formar:

— que se empeñen en educar al hombre auténtico, desarrollando sus aspectos humanos;

— que se comprometa personalmente con Cristo, escogiéndolo a él como Maestro y guía de la propia vida;

— el tercer aspecto es la dimensión comunitaria: el cristiano debe capacitarse para vivir en comunión y participar de la vida y misión de la Iglesia. En lo posible no debe vivir su fe cristiana aisladamente, sino en la comunidad eclesial;

— el cuarto aspecto se refiere a la capacidad de servicio: el cristiano es servidor de sus hermanos: tanto en el aspecto de la construcción del mundo, cuanto en el aspecto de la salvación del mismo mundo en el Reino de Dios. En otros términos el cristiano debe lograr ser un apóstol y un misionero, como dice el mismo documento en otra parte.

Catequesis vocacional. En este mismo orden de ideas se señala también que la catequesis debe ser "vocacionalmente orientadora" (n. 1.006). El aspecto vocacional es una de las prioridades pastorales señaladas por Puebla. Hay un documento entero que se refiere a las vocaciones en la Iglesia. Por supuesto no se trata solamente de las vocaciones sacerdotales y religiosas, sino también y comenzando por ahí, de las vocaciones a la vida laical cristiana, con particular referencia a los ministerios laicales. El mismo Papa Juan Pablo II en el discurso de apertura de la Conferencia había hablado en este sentido.

No es de extrañar, pues, que el documento aplique a la catequesis este concepto en la forma siguiente: "Los catequistas impartirán catequesis vocacionalmente orientadora explicando también la vocación laical, con un compromiso adaptado a las diferentes edades, desde la niñez hasta la edad adulta" (n. 1.006).

Esto supone evidentemente que la catequesis sea un proceso gradual y permanente que acompaña al cristiano durante toda su vida.

Etapas de la vida cristiana. Con respecto a este proceso, Puebla sugiere las diferentes etapas que un cristiano debe recorrer. Estas etapas se señalan después de haber estudiado los Hechos de los Apóstoles en el 2º capítulo, especialmente los versículos 38-42 y el decreto "Ad Gentes" (N. 14) del Concilio Vaticano Segundo. He aquí los pasos que recorre la fe, como los indica Puebla (n. 1.008):

- conversión;
- crecimiento en la fe en Cristo;
- vida en comunidad;
- vida sacramental;
- compromiso apostólico.

Contenidos que no se deben descuidar. En cuanto a ciertos aspectos del contenido, que a veces se descuidan en la catequesis, los Obispos señalan particularmente los siguientes:

a) La necesidad de capacitar a los cristianos para "dar razón de su esperanza", como dice S. Pedro en su primera carta (3, 15). Es lo que antiguamente llamábamos apologética, pero que hoy no quisiéramos que fuera tan defensiva y agresiva, pero sí una capacidad de justificar la fe frente a la propia razón y frente a los demás que nos interrogan o no comparten nuestra misma fe. Esto facilitará también el diálogo ecuménico, como se dice en dos partes diferentes del documento de Puebla (n. 1.008).

b) La formación moral y ética del cristiano tampoco se debe descuidar. Al respecto Puebla habla de una renovación de la moral. No se trata simplemente de una moral de pecados que hay que evitar, sino de su aspecto positivo: es decir de una moral entendida como "Seguimiento de Cristo", acentuando la vivencia de las bienaventuranzas evangélicas (n. 1.008).

c) Siempre en el campo de la moral, un aspecto que no debe pasarse por alto es "la formación gradual a una positiva ética sexual cristiana". En esta frase de Puebla, creo que son interesantes los adjetivos: formación "gradual", es decir que acompaña al ser humano desde la niñez hasta la adultez, favoreciendo su propia formación y maduración. El otro adjetivo que no debe pasar desapercibido es: una "positiva" ética sexual. Generalmente se había desarrollado una moral sexual prevalentemente negativa: los pecados contra la pureza (6º y 9º mandamientos), pero no se habían subrayado los valores positivos del sexo, que constituyen a la persona en su calidad de hombre o mujer y la hacen capaz de amor, de entrega y de comunicar la vida. Una visión así es sumamente personalizadora (n. 1.008).

d) Otro aspecto que no va pasado por alto en la catequesis es "la formación a la vida política y a la doctrina social de la Iglesia (n. 1.008). Sobre todo el laico, por vocación, tiene su papel específico en la construcción del mundo. No puede, pues, desinteresarse de los problemas sociales y políticos; más aún, como cristiano tiene mucho que aportar. Los Obispos en Puebla lamentan la ausencia de los laicos cristianos en la vida política del continente Latinoamericano. En todo el documento,

los laicos encontrarán orientaciones valiosas para juzgar la realidad con mentalidad cristiana.

Superación de los dualismos. Al hacer el diagnóstico de la situación de la catequesis a partir de Medellín, los Obispos habían señalado el hecho de que no se habían superado todavía del todo los dualismos y las falsas oposiciones. Por lo tanto era normal que en la tercera parte donde se señalan las pistas pastorales para el futuro, se dijera: "Los catequistas se empeñarán en tener en cuenta la integridad del anuncio de la Palabra para superar todo dualismo, las falsas oposiciones y la unilateralidad" (n. 1.004).

En el campo de los dualismos hay dos escollos que evitar.

Por un lado el de seguir separando la historia humana de la historia de la salvación; el mundo de la Iglesia; los compromisos temporales de la vida eterna; el cuerpo del alma; los valores naturales de la gracia de Dios, etc.

Por otro lado simplificar tanto las cosas identificando la historia humana con la historia de la salvación; la política con la pastoral; alguna ideología con el evangelio; un grupo popular con la Iglesia; el matrimonio civil con el sacramento; los valores temporales con el Reino de Dios; las cualidades naturales con los carismas del Espíritu y otras cosas parecidas.

Por lo tanto no se trata ni de separar, ni de simplificar; sino de integrar armónicamente lo humano con lo divino.

La formación de los catequistas. Puesto que es tan delicada y compleja la tarea de catequizar, se hace necesario "dar prioridad pastoral a la adecuada formación de los catequistas en diferentes institutos" (n. 1.002).

Pero tampoco es suficiente una formación genérica, sino que se precisa una formación específica, para que los catequistas puedan responder "a las diferentes situaciones, edades y áreas que cubren los catequizandos". Por eso no basta un catequista genérico, sino que se necesitan catequistas para niños, otros para adolescentes y jóvenes, otros para las familias, para los campesinos, para los dirigentes, para los enfermos, etc. (n. 1.002).

Una preparación especial necesitan los Sacerdotes y religiosos en los seminarios y casas de formación. Esto es "algo urgente" para que el mensaje evangélico sea transmitido en forma "adecuada y contemporánea".

Técnicas catequísticas. Con respecto a las técnicas el documento de catequesis insiste únicamente en dos de ellas por su importancia: la memoria y los medios audiovisuales de grupo (n. 1.009).

Es sabido que en todas partes se ha pasado del abuso de la memoria en la catequesis (memorismo) a un abandono total de ella; como si la memoria no fuera ya una facultad humana de mucha importancia para la transmisión de la fe de una generación a la otra. Los libros de la Sagrada Escritura contienen muchas fórmulas mnemónicas que han servido para la comunicación de la fe. Es preciso, pues, dar a esta facultad del

hombre su justo puesto en la catequesis. El Documento catequístico de Puebla cita unas palabras del Papa Pablo Sexto al respecto.

En las técnicas modernas de la propaganda comercial la repetición mnemónica de los slogans es considerada de mucha eficacia.

De la misma manera las técnicas audiovisuales no pueden ser pasadas por alto por parte de los catequistas ya que vivimos en la civilización de la imagen y del sonido.

Algunas de estas técnicas son posibles y factibles para cualquier catequista, como por ejemplo el dibujo, la fotopalabra, el canto, la dramatización, los bailes religiosos, los talleres, etc.

Pero a ciertos niveles parroquiales, escolares y otros es necesario también recurrir a medios más costosos, como proyectoras, grabadoras, video cassettes, etc.

No podemos olvidar que la rápida difusión de los medios de comunicación social con el carácter deformante que generalmente tienen en América Latina, plantea a la Iglesia la necesidad de educar a los fieles para un ambiente de cultura audiovisual. Se trata de utilizar estos medios para la comunicación de la Revelación de Dios y suscitar la comunión en la fe, también a través del lenguaje de la imagen y del sonido.

Al mismo tiempo se debe despertar el sentido crítico del cristiano para que no acepte pasivamente todo lo que los medios masivos transmiten.

Entre los catequistas latinoamericanos existe una opción deliberada por los medios audio-visuales de grupo, porque permiten la comunicación directa y la personalización.

Un mal uso de estos medios será limitarse a su función entretenedora o abusar de su influjo persuasivo. Lo que interesa en la catequesis es favorecer el acto libre de la fe que nace del oír, motivar la aceptación de las cosas que no se ven gracias al testimonio que se ve. Lo que ayuda al proceso de maduración en la fe es la posibilidad que abren estos medios expresivos de grupo para suscitar la reflexión y el espíritu crítico, estimular la libertad y favorecer la creatividad, motivar la participación activa y el compromiso con los demás, dejando lugar para que cada uno diga su propio sí. Este sí no es perceptible siempre por el catequista, ya que fundamentalmente está dirigido al Señor, aunque normalmente se manifieste en el amor al prójimo.

La acción catequística. Los últimos dos numerales del Documento de Puebla se refieren a la acción catequística. Los presentamos aquí por partes con un breve comentario.

a) Se ha observado que una catequesis más exigente produce cierta selección de personas. Se vuelve fácilmente una catequesis de grupo, que por supuesto, ayuda eficazmente a la maduración de sus miembros. Pero esto no debe significar descuido de *las multitudes*.

El documento que estamos comentando, dice lo siguiente:

"La acción catequística se dirigirá en forma simultánea a los grupos y a las multitudes. Para estas últimas, resultan de mucha eficacia las misiones populares, convenientemente renovadas en una línea evangelizadora" (n. 1.010).

En América Latina las multitudes en general son sensibles a Jesucristo y a la Iglesia. Tienen de partida ciertos hábitos y creencias que provienen del influjo del cristianismo, aunque con mezcla de ambigüedades y alienación. Estas multitudes tienen derecho a conocer a Jesucristo y a ser invitadas a la comunidad creyente.

El Concilio Vaticano II ha fijado nuestra atención sobre el concepto bíblico de "Pueblo de Dios". El Pueblo de Dios tiene ciertamente un aspecto de multitud que no debemos olvidar.

El párrafo que hemos citado privilegia un método para llegar a las multitudes: el de las misiones populares. Pero se podrían indicar otros más. En los aportes que hizo el Departamento de Catequesis del CELAM para Puebla y que se encuentran en el "Libro Auxiliar" N. 4, se señalan los siguientes:

1) Hay que iluminar con la Palabra de Dios *las manifestaciones populares de devoción*, como son: las peregrinaciones, las fiestas patronales con sus novenas y procesiones, los santuarios, la visita a los cementerios, etc.

2) *Los medios masivos de comunicación social* plantean algunas exigencias: Hace falta conocer la naturaleza de cada uno de ellos, el tipo de mensaje que es posible transmitir por cada uno de estos medios, la capacidad especializada de cada agente para utilizar determinado medio para un mensaje concreto, y los tipos de personas alcanzables por esos medios, mensajes y emisoras.

3) *Las campañas de evangelización de multitudes*: puede hacer uso combinado de los medios de comunicación social, de encuentros de grupo y de grandes asambleas litúrgicas. En Brasil se tienen buenas experiencias en este sentido.

4) La publicación de *catecismos sencillos* que lleguen al pueblo.

5) La *catequesis popular*, realizada a través de cantos, pastorelas, autos sacramentales, versos a lo divino y a lo humano, etc.

b) El último párrafo del Documento de Puebla reza así:

"Se favorecerá la catequesis permanente, desde la niñez hasta la ancianidad, por la mutua integración entre sí de las comunidades o instituciones, que catequizan, a saber: la familia, la escuela, la parroquia, los movimientos, y las diversas comunidades o grupos" (n. 1.011).

El problema que preocupó a los Obispos cuando redactaron este párrafo, fue la gran dispersión catequística que se observa entre las comunidades que catequizan: cada una lo hace por su cuenta separadamente, con programas propios, con enfoques propios, con metas diferentes, sin que haya una verdadera coordinación. Pensemos qué puede salir de la formación de un cristiano que en la Parroquia se le dan unas orientaciones, en el movimiento al cual pertenece otras, en la familia otras más etc. Imaginemos, por ejemplo, a un joven que recibe la catequesis en la familia, en la escuela, en la Parroquia y en el grupo juvenil; si no hay un poco de coordinación, su personalidad cristiana no podrá construirse en la unidad, sino en la desorientación.

A esto va el llamado de Puebla: a una pastoral catequística de conjunto: con metas y líneas comunes, con complementariedad, por ej., entre escuela, parroquia y familia; entre grupos y parroquia, etc.

Creo que el significado de este último artículo que estamos comentando, nos lleva a lo siguiente: Ante todo que todos asumamos la catequesis como un proceso; y en segundo lugar que nos pongamos de acuerdo, a nivel de comunidad eclesial, sobre las etapas de este proceso de maduración en la fe; entonces haremos un gran servicio en favor de la formación unitaria de la personalidad cristiana de todos los fieles, "desde la niñez hasta la ancianidad".

Conclusión.

Este breve estudio ha querido ser una presentación del Documento de Puebla, hecho por una persona que acompañó a los Obispos en su reflexión.

Esperamos haber enriquecido la lectura y el estudio que los catequistas harán del texto mismo, cuando tengan en sus manos el Documento de Puebla.

Puebla ha hablado.

Ahora comienza nuestra tarea: estudiemos a fondo sus directrices y sobre todo llevemos al terreno de la realización sus iluminadoras orientaciones. Que a nosotros también nos asista y fortalezca el Espíritu del Señor.